



XXI

DON Paco se sintió lastimado y encantado á la vez con la lectura de la carta, que calificó de muy discreta, y que miró como dictada por Juanita.

Si ella le hubiera aceptado por marido, el contento de D. Paco hubiera sido grande, pero menor su estimación del valer de Juanita que el que era entonces al recibir las calabazas. Acaso una vaga sospecha de que Juanita aprovechaba la ocasión, hubiera aguado el contento de ver que ella le aceptaba. Si en extremo le dolía que ella declarase que no le amaba, no podía menos de aplaudir la lealtad de la declaración. D. Paco estaba conforme en lo tocante al aprecio de las circunstancias que se oponían á la boda, y que la hacían aparecer á toda juiciosa previsión como fuente de disgustos y de males.

De aquí que sus sentimientos al leer la carta fuesen de dolor y de mortificación de amor pro-

pio por el desamor de Juanita; de admiración y aplauso por la prudente conducta de la muchacha, y de mayor cariño hacia ella, así por la noble franqueza con que exponía las causas que justificaban su desdén, como por las amistosas dulzuras con que procuraba suavizarle.

Conoció también D. Paco que importaba mucho que su petición y la subsiguiente repulsa no llegaran á saberse, y, aunque no tuvo valor para rasgar ó quemar lo que él escribió y la contestación de Juana, guardó ambos documentos en el más secreto escondite de su escritorio.

Trató, además, de hacerse superior á su pena y de ver si olvidaba á Juanita, ó al menos si seguía queriéndola con calma y con cierta tibieza, á fin de esperar sin impacientarse que Dios mejorase las horas, ya que la esperanza es lo último que se pierde en esta vida.

Y por lo pronto, ó bien para conseguir el olvido ó bien para enfriar ó entibiar su fervorosa pasión, resolvió no volver á poner los pies en casa de Juanita y evitar su encuentro en la iglesia, en las calles y en la plaza.

Juanita, entretanto, como era poco amiga de la soledad y gustaba mucho de la conversacion de D. Paco, se afligía del aislamiento y deploraba el sacrificio que habia tenido que hacer. Allá, en el fondo de su alma, cuando estaba á solas con su conciencia, y con el notabilísimo despejo y la serenidad imparcial con que ella lo miraba todo, hacía, repetidas veces, las sutiles reflexiones que trataremos de expresar aquí en el siguiente

soliloquio:—Me lo tengo bien merecido. He vivido hasta el día desgobernada y muy á tontas y á locas. Mi madre, Dios me perdone si la ofendo, tiene poco juicio, aunque bien puede ser que le pierda por el entrañable amor que me tiene. Lo cierto es que entre las dos hemos hecho una infinidad de tonterías. Justo es que las paguemos. No debo quejarme. En primer lugar, siendo yo una mocita casadera, y, si no ocupando cierta posición, aspirando á ocuparla, debí dejar de ir por agua á la fuente y á lavar al albercón. Debí darme más tono. Y ya que no me le dí, aún fué mayor disparate el querer de repente transformarme en dama y eclipsar y aturdir y excitar la envidia y la rabia del señorío mujeril de este lugar. Todavía mi súbita transformación hubiera podido tener buen éxito si atino á ganarme antes la buena voluntad de la muy poderosa é ilustre señora doña Inés López de Roldán. Pero, lejos de eso, lo que hice fué provocar su enojo. Si el trato de D. Paco me agradaba y me divertía, jamás he pensado yo en casarme con él, y aquí viene bien que yo lamente otra locura mía, otra completísima falta de cautela en mi madre y en mí. ¿A qué fin recibir de tertulia todas las noches á D. Paco, solo á veces y á veces en compañía de Antoñuelo, lo que es casi peor? Lo hacíamos porque nos daba la real gana, sin atender á que somos pobres y á que la gana de los pobres no es real, sino súbdita que necesita someterse y hasta morir sin hallar satisfacción, á fin de no exponerse á muy crueles castigos. Nues-

tra tertulia era muy inocente; bien puedo sostener que más inocente que la de doña Inés. ¿Cómo evitar, no obstante, que doña Inés supusiese y hasta creyese de buena fe mil abominaciones, excitada por esa chismosa de Crispina que todo lo huele y cuando no lo huele lo inventa? Ella sin duda le diría primero que Antoñuelo era mi amigo y D. Paco el de mamá, y después que yo me había apoderado de los dos, del uno para el gusto y del otro para el gasto, y que yo me estaba comiendo las mil chucherías que él me traía de regalo y hasta el exquisito y sin par chocolate que se fabrica en casa de ella. Comprendo lo furiosa que doña Inés se pondría y más aún al sospechar que D. Paco pudiera casarse conmigo: porque doña Inés quiere heredar ó que hereden sus hijos los ahorros y las finquillas que D. Paco va reuniendo, para lo cual importa que D. Paco no se case, ó bien que se case con una hidalga viuda que yo me sé y que le daría cierto lustre aristocrático, y de seguro no le daría hijos porque está ya pasada y huera y el caso de Abraham y de Sara no se repite.

Así, y si no en los términos de que me valgo, en términos muy parecidos, discurría Juanita á sus solas. Luego continuaba:

—Es indispensable que yo me enmiende y que ajuste mi conducta á la razón y á la conveniencia. Debo tener doble juicio: por mi madre y por mí. Y ya que (esto no puede negarse) soy cándida como la paloma, no está bien que me olvide de la otra mitad de la sentencia evangélica

que he oído decir tantas veces al padre Anselmo en sus sermones. Por lo tanto, en lo sucesivo me propongo ser astuta y prudente como la serpiente. La vida de zagalona rústica no hay que pensar en hacerla de nuevo. Dios me libre también de recaer en la mala tentación de presumir de princesa. Nada de volver con la cabeza al aire y con el cántaro por esos andurriales; y nada tampoco de ponerme el magnífico vestido de seda mientras no gane posición, autoridad y título duradero, suficiente y legítimo, para tamaña audacia. Ahora me conviene seguir por un justo término medio: salir poco de casa, coser y bordar mucho, é ir con frecuencia á la iglesia, á misa y á mis devociones, muy humilde, con vestidito de percal y cobijada con un mantón modesto y oscuro. Ya veremos si logro así borrar la mala impresión que necia ó inocentemente he causado, y hasta llegar á adquirir reputación de santa.

Aquí no podía menos de sonreirse Juanita, á pesar de lo fastidiada que estaba, y luego proseguía:

—Cierto que yo no soy mala y que amo á Dios sobre todas las cosas y que me complazco en darle adoración y culto; pero también, ¡qué diantres! ¿por qué no confesarlo? también me amo y me doy culto á mí misma. Quizás será pecado, pero es un pecadillo tan natural, que casi no es pecado. Lo que debo hacer es que este segundo culto, para no escandalizar á nadie, no sea público, sino misterioso. En lo exterior he de parecer como una beata pobre; ¿mas por qué he de pri-

varme del placer de cuidar, de asear y de pulir con el mayor esmero este cuerpecito que Dios me ha dado? Sin que nadie lo sospeche he de cuidarle y he de lavarle como si fuera el de una infanta de España. ¡Qué horror, cielos santos! Si llegase á saberlo, por ejemplo, Julián el arriero. Yo le oí contar en la fuente mientras daba agua á sus mulos, y haciéndose cruces, la indignación que le causó, cuando servía en Córdoba á una marquesa, el averiguar, estando él en la cocina, que llevaban á dicha señora un enorme lebrillo y dos grandes jarros de agua á su cuarto. ¿Qué harías tú—le preguntó una chica—si tu mujer emplease también un lebrillo por el estileo?—Pues yo—contestó él—agarraría una vara y la pondría negra á varazos, por indecente y por mantesona. Necesario es que yo haga un misterio de mi limpieza, si no quiero que me excomulge Julián y la mayoría de mis compatriotas que discurren como él. Mas no por eso he de dejar de ser limpia. Además, quiero ser cuidadosa y muy regalada en mi ropa blanca interior. En los ratos de ocio, con mis ahorrillos y cuando no cosa para la calle, he de hacerme camisas finas y enaguas bordadas como no las use mejores una archiduquesa de Austria. Tapado todo ello con el mezquino traje exterior, me pareceré á la violeta, que escondida entre las verdes hojas y tal vez entre feos yerbajos, no deja conocer que existe como no sea al que tenga la nariz muy fina y por su delicado olor la descubra. Seré como aquel personaje de cierto romance,

que recita D. Pascual, el cual personaje vestía de peregrino y llevaba una esclavina

que non valía un reale;
debajo llevaba otra
que valía una ciudade.

Juanita, al citar estos versos y al aplicárselos, se olvidaba de sus melancolías y soltaba una carcajada.

—¿De qué te ríes, niña?—le dijo una vez su madre.—Pues no es cosa de risa lo que nos está sucediendo.

—Sí, mamá; es cosa de risa. Mejor es reír que rabiar. Cuando las cosas se toman á risa las penas que causan se mitigan ó se consuelan.

Juanita no se contentó con pensar y con proponerse cuanto queda dicho, sino que lo cumplió todo con la mayor exactitud y perseverancia.

Pasaron muchos meses.

El cambio de Juanita empezó á notarse y á celebrarse entre las personas más devotas del lugar. El padre Anselmo, singularmente y sin poderlo remediar, á despecho de su humildad cristiana y del menosprecio de sí mismo, sintió un noble orgullo y se dió á entender que había hecho la más repentina y milagrosa conversión, deteniendo á aquella joven y simpática pecadora al borde del abismo en que iba ya á precipitarse.



XXII

La rehabilitación costó á Juanita largo tiempo y además no pocos sacrificios, trabajos y esfuerzos de voluntad.

Fué lo más duro para ella el tener que vivir, sobre todo al principio, en soledad completa.

Se aburría y á menudo recelaba que iba á enfermar de ictericia.

No podía ni quería retroceder y charlar de nuevo y reanudar amistades con las mozuelas que antes había tratado, las cuales, ofendidas ya, le darían acaso mil sofiones: ni menos podía intimar, aunque lo desease, con las hidalgas y con las hijas de los labradores ricos, que se preciaban de señoritas y que huirían de ella, así por la humilde posición de su madre, como por su ilegítimo nacimiento y por la mala fama que le habían dado en el lugar y que entre todos sus habitantes cundía.

Juanita tuvo que perder hasta la amistad y el trato de Antoñuelo. Y esto, no sólo para no se-

guir dando pábulo á la maledicencia, sino también porque Antoñuelo estuvo muy tonto y ella se vió en la precisión de despedirle con cajas destempladas y para siempre.

Dos días después de haber predicado el padre Anselmo su famoso sermón, Antoñuelo volvió de sus correrías. Entonces no se hablaba en el lugar sino del escándalo que Juanita había dado y de la severa y merecida lección que del padre Anselmo había recibido.

En la plaza y á la sombra de algunos álamos que están en el altozano, cerca de la iglesia, y donde se reúne y platica la gente moza, varios amigos y conocidos embromaron pesadamente á Antoñuelo, por el papel desairado y ridículo que suponían que había hecho, reverenciando, sirviendo y adorando casi como deidad á una mozoela que le desdeñaba y que aceptaba, quién sabe hasta qué punto, los regalos y el amor de un rival dichoso.

Las relaciones entre Juanita y Antoñuelo tal vez parecerán inverosímiles á quien piense someramente en ello; pero yo creo que son más naturales y frecuentes de lo que se imagina.

Desde la infancia habían vivido en la mayor intimidad Antoñuelo y Juanita. Con cortísima diferencia tenían la misma edad, y podía asegurarse que se habían criado juntos. Él era zafio, mal educado, travieso y atrevido; tenía pocos alcances y una voluntad tan realenga que ni á su padre se sometía; pero en estos mismos defectos se fundaba la amistad de Juanita hacia él.

Juanita había adquirido y conservaba tal imperio sobre aquel muchacho, que lograba que la respetase, la temiese y la obedeciese como un perro á su amo.

A ella no le pasó jamás por la imaginación el querer á Antoñuelo como una mujer quiere á un hombre. Y él, como por una parte la tenía por un sér superior, y por otra parte sus instintos amorosos eran vulgarísimos, procuraba emplearlos y satisfacerlos en más fáciles objetos, y sin darse cuenta de ello, é ignorando su esencia y su nombre, consagraba á Juanita un afecto puro, ideal y platónico. Sentimientos tales, si bien se recapacita, no son extraños al alma de los más vulgares sujetos. Todos ó casi todos los hombres tienen sed, tienen necesidad de venerar y de adorar algo. El espiritual, el sabio, el discreto, comprende con facilidad y adora á una entidad metafísica: á Dios, á la virtud ó á la ciencia. Pero el rudo, que apenas sabe sino confusamente lo que es ciencia, lo que es virtud y lo que es Dios, consagra sin reflexionar ese afecto, en él casi instintivo, á un ídolo visible, corpóreo, de bulto.

Juanita era este ídolo para Antoñuelo. Juanita era también su oráculo. Él oía con religioso respeto sus advertencias y amonestaciones, y de buena fe se prometía y prometía al pronto tomarlas para pauta de su conducta. Siempre que Antoñuelo se hallaba en la presencia de Juanita se sentía avasallado por su influjo, deslumbrado por su superior inteligencia y ligado á la voluntad de ella. Por desgracia, no bien Antoñuelo se

hallaba ausente de Juanita, el influjo bienhechor desaparecía, y los instintos brutales y las malas pasiones acudían en tropel y desataban ó rompían las ligaduras y arrojaban al olvido los buenos consejos y preceptos que Juanita había dado. Antoñuelo, lejos de la fascinación y del encanto que casi milagrosamente le habían conservado como ser racional, se convertía en un estúpido y en un perdido.

A pesar de la ineficacia, por falta de duración, de su poder purificante sobre el alma de Antoñuelo, Juanita le quería, se interesaba por él y sentía halagado su orgullo al dominarle, aunque fuera momentáneamente.

Para dar una idea exacta de la inclinación de Juanita hacia aquel mozo, diré que se parecía á la que yo he visto que tienen ciertas grandes señoras, ya por un alano, ya por un mastín corpulento y poderoso, que hay en casa de ellas, que inspira terror á las visitas, que parece capaz de derribar á un hombre de un manotazo y de destrozarle de un mordisco, y que sin embargo se echá con la mayor humildad á las plantas de su ama, y siente inexplicable placer si ella con su blanca mano le toca la cabeza ó con el pie le sacude ó le pisa.

En la ocasión de que vamos hablando, las feroces burlas de sus camaradas habían trasformado á Antoñuelo; su domesticidad y su mansedumbre habían desaparecido; ya no era perro sino lobo.

Traía muy estudiado el discurso, si puede lla-

marse discurso lo que iba á decir; y á fin de que no se le borrara de la memoria ó se le enmarañara en el caletre, deseaba descargarse de él como quien suelta un peso y decirle sin preámbulos.

La ocasión se presentó propicia á su deseo.

Juana estaba en la cocina, y Antoñuelo halló sola á Juanita cosiendo en la sala.

Venía él con el entrecejo fruncido y con marcadas señales en toda la cara de muy terrible enojo.

Apenas se saludaron él y ella, Antoñuelo dijo:

—Vengo á quejarme de tí; á decirte que me has engañado. Por culpa tuya he estado haciendo el tonto, y no quiero hacerlo más.

—Pues, hijo mio—dijo ella riendo;—yo no sé como te las compondrás para no seguir haciendo el tonto. Lo que yo sé es que no tengo la culpa de que lo hayas sido hasta ahora, y menos sé aún en qué y cuando te he engañado.

—Me has engañado fingiéndote santa, para que yo embaucado te adorase cuando no eres santa, sino una mala mujer. Por todo el lugar no se habla de otra cosa sino de tus relaciones con D. Paco, y de que te mantiene y te viste.

—¿Y has creído tú esas calumnias? ¿Y en vez de defenderme y de enfurecerte contra los calumniadores te enfureces contra mí?

Juanita dejó escapar irreflexivamente estas últimas frases. Luego se reprimió y procuró enmendarlas. Creía bruto á Antoñuelo, pero no le creía cobarde.

Si dejó de defenderla fué, no por cobardía, sino por maliciosa necedad que acepta lo malo como cierto. De todos modos, más valía así. Mucho hubiera contrariado á Juanita que por sacar la cara por ella hubiera reñido Antoñuelo, resultando tal vez de la riña heridas ó mayores desgracias, que hubieran empeorado la situación.

Juanita añadió entonces:

—Bien pensado, hiciste bien en no defenderme. He sido imprudentísima. Los que no me conocen tienen algún fundamento para acusarme. Las apariencias me condenan. Yo me resigno y perdono á los que me acusan. Perdónalos tú también, pero no los creas. Tú que me conoces de toda la vida, tú que sabes con qué pureza de afecto, con qué ternura de hermana te he querido y te quiero aún, no debes, no puedes creer esas infamias; pues qué, ¿no comprendes que yo soy capaz de querer á D. Paco por el mismo estilo que á ti te quiero?

—Esa es grilla, esa es grilla—replicó Antoñuelo.—Tú con tus sutilezas y mentiras quieres volverme tarumba; pero no lo conseguirás. Te burlas de mí porque me crees bobo. No quiero callar. Aunque me pongas el dedo en la boca, te morderé y no me callaré. En adelante no quiero ser tu juguete. Quien te conozca que te compre. Me han abierto los ojos. Ya te conozco. Eres una tramoyana y una perdida. Y tu madre es peor que tú.

La última frase la decía Antoñuelo para desa-

fiar también la cólera de Juana, que entraba en la sala de vuelta de la cocina.

—¡Ay, niña, niña!—dijo Juana.—¿Qué paciencia es la tuya? ¿Por qué aguantas los insultos de este animal de bellota, las coces de este mulo resabiado?

—Señora—replicó Antoñuelo,—mire usted lo que dice y no se desvergüence conmigo, si no quiere que me olvide yo de que es mujer y le ponga las peras á cuarto, ó la emplume, como merece.

Al oír esto Juana, ya no contestó palabra, pero se precipitó sobre el que tan atrozmente la ofendía. Juanita se interpuso entre su madre y el mozo, á fin de evitar la lucha.

—Vete, vete al punto de esta casa y no vuelvas más en tu vida. Para mí has muerto. Quiero olvidar hasta el santo de tu nombre. No tengo que darte cuenta de mi conducta. Nada me importa ni me aflige el ruin concepto que formes de mí. Vete.

Y diciendo y haciendo, interpuesta siempre entre su madre y el mozo, recelosa de que se empeñasen en un combate tragi-cómico, fué empujando con suavidad á Antoñuelo hasta la puerta de la calle. Ella misma levantó el picaporte, abrió la puerta y echó de su casa al amigo de toda la vida. Al hacer esto, en el rostro de Juanita se mostraba más bien la tristeza que la cólera; y Antoñuelo, al mirarla tan digna, amainó en su furor, no persistió en sus improprios y se fué cabizbajo y silencioso.



XXIII

AL disgusto de vivir aisladas ambas Juanas se añadía otro no menor y más positivo.

Al principio se difundió tanto la idea de que Juana había llevado su complacencia inmoral hasta ser tercera de su hija, que la llamaban menos para trabajar en las casas principales por el temor de que fuese ella la propia Celestina resucitada y tratara de convertir á las Melibeas de dichas casas. No obstante, y como ya he dicho, aquella malísima situación se fué poco á poco suavizando. Además, eran tan notorios y tan irreemplazables el arte y la inspiración de Juana, para dirigir una matanza, para hacer arrope, piñonate, empanadas y tortas, y para preparar festines, que las personas de gusto y de medios desecharon los recelosos escrúpulos y poniéndoles el correctivo de estar á la mira y ojo avizor para que Juana no ejerciese sus presuntas artes proxenéticas, siguieron llamándola á trabajar en sus casas; y los ingresos y rentas de

Juana, que habían disminuído, volvieron á su estado normal aunque no se aumentaron.

El recogimiento y la austeridad de Juanita al fin surtieron efecto. La idea que el padre Anselmo concibió de que había logrado convertir á aquella pecadora incipiente y de atraer al aprisco á la ovejita descarriada antes de que cayese entre las uñas y la boca del lobo, fué adquiriendo resonancia y eco entre el vulgo. Juanita fué, pues, mirada, si no como paloma sin mancilla, como Magdalena arrepentida y penitente, no de la culpa, sino del conato.

Trascurrió más de un año antes de que Juanita, á fuerza de ingenio y de fatigas, lograse resultado tan brillante.

La rígida doña Inés era la más difícil de ablandar. No quería creer en la virtud de la muchacha, y sospechaba que era todo hipocresía.

Cuando llegaban á oídos de Juanita noticias de la terca incredulidad de doña Inés y de que la sospechaba de hipócrita, Juanita decía para sí: no es mal sastre quien conoce el paño; y sin arredrarse seguía por el camino que se había trazado.

Llegó en esto el invierno, y doña Inés quiso vestir á todos sus niños con buena ropa de abrigo. Juanita alcanzaba ya alta reputación de costurera. Todo lo que pudiesen hacer Serafina y otras del lugar era una chapucería cursi, si se comparaba con las confecciones de nuestra heroína, que estaba al corriente de las últimas modas de París, que recibía los figurines, y que, ajustándose á ellos, sin encadenar servilmente su

fantasía á una imitación minuciosa, ideaba, trázaba, cortaba y hacia trajes para las mujeres dignos de figurar en los salones de la corte y de ser descritos por Montecristo ó por Asmodeo, y para los niños y niñas, no inferiores por su gracia y por su *chic* á aquellos con los que la prole de un milord opulento ó de un banquero inglés se engalana.

Ruego al lector que me dé entero crédito y que no imagine que son ponderaciones andaluzas ó que mis simpatías hacia Juanita me ciegan. Lo que digo es la verdad exacta, pura y no exagerada. Yo he estado en Villalegre; he visto algunos trajes hechos por Juanita, y me he quedado estupefacto. Y cuenta que yo tengo buen gusto. Todo el mundo lo sabe.

En fin, doña Inés se dió á pensar y á repensar en lo muy preciosos que estarían sus niños con los trajes que Juanita les hiciese; venció la repugnancia que sentía contra ella, la llamó á su casa y le encomendó trajes para todos, según la edad y sexo de cada uno.

Fué Juanita en casa de doña Inés tan pobre y modestamente vestida como si saliese de un beaterío, y tan modosita en el habla, en la voz y en los modales, que parecía, sin visos ni asomos de afectación, una criatura seráfica.

Esto, sin duda, hubo ya de entreabrirle ó de ponerle entornadas las puertas del corazón de doña Inés, la cual sabía mucho y pensaría y diría en su interior:

—Si no lo finge, en verdad que es muy buena

esta muchacha; y si lo finge, sabe más que Cardona: es admirable su fingimiento.

Así doña Inés se predispuso ya favorablemente.

Su favor valía mucho, y doña Inés acertó á cobrarsele por instinto. También hay su poco de gorronería en los grandes y poderosos de la tierra. Viene á propósito esta sentencia, porque doña Inés pagó el trabajo de Juanita en la tercera parte de lo que valía, aun en aquel lugar donde se trabaja barato, y pagó las otras dos terceras partes en el favor tan deseado y apetecido que empezó desde entonces á alcanzar la linda costurera.

Los niños, con los trajes hechos por Juanita, salieron tan bien vestidos el primero de Noviembre, día de todos los Santos, que daba gloria verlos, y la gente los admiraba y los seguía en la calle. La vanidad maternal de doña Inés quedó muy satisfecha. Ni la propia Cornelia se ufano más cuando enseñaba á sus Gracos. Pero doña Inés fué más allá de Cornelia: no se contentó con lucir á sus hijos, sino que se propuso competir con ellos y aun superarlos en indumentaria, y decidió que Juanita también la vistiese.

Juanita se prestó á todo con el mejor talante y prodigioso acierto é hizo á doña Inés corsés y varios trajes.

Nacieron de aquí la confianza y alguna familiaridad, hasta donde es lícito y decoroso que la familiaridad se entable entre una dama principal y una trabajadora plebeya; pero al fin, como

doña Inés tenía que mostrarse á Juanita en paños menores para probarse corsés y vestidos, ¿qué mucho que la confianza naciese y creciese?

Juanita supo después, con lentitud y por sus pasos contados, darse tal maña, que doña Inés que ya le había confiado su cuerpo para que le vistiese, empezó á confiarle también y á descubrirle su espíritu, aunque sólo hasta cierto punto, porque el espíritu de doña Inés, según pensaba Juanita, acaso con malicia sobrada, tenía más conchas que un galápagos, y jamás se desnudaba y se descubría por completo.

Juanita tenía una voz melodiosa y clara y sabía leer muy bien, lo cual es bastante raro, dando á lo que leía entonación y sentido. Pronto atinó á mostrar á doña Inés que ella poseía habilidad tan útil, y no tardó doña Inés, que se fatigaba algo leyendo, en tomar á Juanita para lectora.

Claro está que doña Inés, que era mística, muy elevada en sus pensamientos y un tanto cuanto asceta, aunque más en lo especulativo que en lo práctico, hacia que Juanita le leyese vidas de santos y libros devotos y morales como *Monte Calvario*, *Gracias de la gracia*, *Gritos del infierno*, *Espejo de religiosos*, *Casos raros de vicios y virtudes* y *Estragos de la lujuria*.

Era doña Inés aficionadísima á disertar y á vencer á sus oyentes y contradictores cuando disertaba. Si por algo se dolía de haber nacido mujer era por no poder transformarse en predicador ó en catedrático.

Juanita supo con tanto pulso seguirle el humor, que no se callaba ni lo aceptaba todo desde luego, sino que impugnaba algo sus tesis y discursos para darle ocasión de que hablase más y desplegase su elocuencia, á la cual acababa por ceder, reconociéndose vencida. De esta suerte se alegraba y se exaltaba el ánimo de doña Inés, corroborando la creencia que ella tenía en su virtud persuasiva y en su saber y talento, y haciéndole creer además que después de ella, aunque á muy razonable distancia, no había en toda Villalegre, salvo quizás el padre Anselmo, persona más talentosa ni más sabia que Juanita.

La privanza de ésta con doña Inés llegó al fin á su colmo.

En presencia de cualquiera persona, Juanita seguía atendiéndola con el mayor respeto y dándole el tratamiento de *su merced*, pero, en momentos de expansión, una vez que Juanita la oyó atentísimamente, impugnó sus razones y terminó por ceder á ellas, doña Inés, entusiasmada, se allanó hasta el extremo de mandarle que cuando estuviesen las dos solitas la tutease.

Estas prodigiosas conquistas de la paciente y despejada muchacha le prestaron desde luego confianza en sí misma, y pudieron darle mucha honra, si ella entendiese que la necesitaba, mas apenas le dieron material provecho, que era de lo que más necesidad tenía.

Pensaba doña Inés que no había mejor ni más espléndida paga que su afecto. Suponía tal la elevación de alma de Juanita, que hubiera sido in-

juriarla ofrecerle dinero. Un ochavo más que doña Inés le hubiese dado sobre el jornal que de ordinario ganaba, hubiera parecido una limosna. No era delicado socorrer á Juanita como á una pordiosera.

Y después de estos razonamientos tan juiciosos, como doña Inés no pagaba á Juanita sino lo que cosía, y no le pagaba, para no humillarla, ni las horas que empleaba leyéndole libros, ni el tiempo que perdía escuchando sus disertaciones, resultaba que doña Inés, por obra y gracia de lo mirada que era, tenía lectora y auditorio y acompañanta de balde.



XXIV

LA gloriosa servidumbre en que Juanita había llegado á ponerse, si no era útil, era molesta en extremo, porque la amistad de doña Inés no podía ser más exigente ni más imperativa. Y mientras más rebozaba en entusiasmo y en ternura, más se recrudecía también en exigencia y en imperio.

Había días en que no le quedaba á Juanita ni hora libre ni momento de sosiego. Doña Inés la llamaba y se valía de ella para todo.

En los lugares, al menos hace algunos años, pues no sé si habrán variado las costumbres, nunca salía una señora principal de visita ó de paseo sin llevar á una acompañanta. Juanita tuvo, por consiguiente, á más de leer y de escuchar disertaciones, que acompañar á doña Inés en sus visitas y en sus paseos. Y cuando á ésta se le antojaba de súbito visitar ó pasear, y no tenía á Juanita en casa, iba á buscarla á la suya, haciéndose acompañar hasta allí por Serafina.